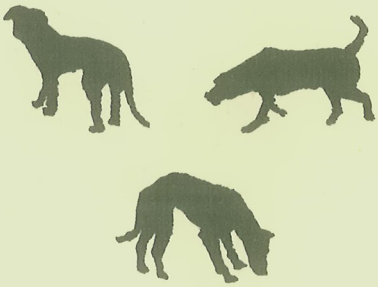
VICENTE QUIRARTE

Esa cosa tan de siempre



COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • EDITORIAL PRE-TEXTOS

VICENTE QUIRARTE (Ciudad de México, 1954) ha publicado en Pre-Textos los libros de poesía *Nombre sin aire* y *Como a veces la vida*, con prólogo de Darío Jaramillo Agudelo. Preparó para esta misma editorial, en coedición con la UPV, la antología de textos sobre arte de la generación de los Contemporáneos mexicanos, *Ojos para mirar lo no mirado* (2012). Otros títulos en prosa son *Enseres para sobrevivir en la ciudad*, *Elogio de la calle*, *Sintaxis del vampiro* y *La Invencible*. Es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española. Ha recibido el Premio Xavier Villaurrutia y el Premio Iberoamericano de poesía Ramón López Velarde.

ESA COSA TAN DE SIEMPRE

BAJO EL PATROCINIO DE

SARAH GIRRI
Y JORGE GALLARDO

BUENOS AIRES

Vicente Quirarte

ESA COSA TAN DE SIEMPRE

COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • EDITORIAL PRE-TEXTOS

MADRID • BUENOS AIRES • VALENCIA • 2013

NADA que no tuviera
el antiguo sabor de la derrota:
el inútil trabajo del incendio
a la mitad del bosque;
la cólera tejida de la espuma,
corona, un solo instante,
del encaje del mar sobre la roca,
espejo aliado fue de sus acciones.
Por eso sus victorias
tuvieron el estrépito
de lo que nace próximo al desastre:
el idiota que atreve un "yo deseo",
la lluvia que se viene en el verano
para encender la sed con más violencia,
de la niñez el vuelo interrumpido
cuando la fiesta apenas comenzaba.

I

A las tres de la tarde
de aquel trece de marzo,
la voz de mi hermano Ignacio en el teléfono:
"¿Puedes regresar?"
Y yo que le decía
del alba en California,
del cartel de la ballena jorobada
–cuarenta toneladas de energía
saltando en algún lugar de Alaska–;
del libro sobre la ballena *spermacetti*,
la Moby Dick que acometió al *Pequod*
y echó a pique los sueños
de su capitán alucinado;
del café que estrenaba las mañanas
con su campana oscura;
de las rubias empleadas de las tiendas
que en mi sed de comprar reconocían
las huellas del amor recién nacido.
¿Padre, hubieras querido que tu primer hijo
diera la mala nueva de que ya éramos menos?
En tus treinta minutos de agonía,
con el pie en el estribo de otro tren,
¿te acordaste de sus primeros pasos
cuando al pie de las sillas de montar
posaba como un pequeño Buda,
grave y solemne como los niños tristes?

"¿Puedes regresar?" Me dijo Ignacio.
Debajo de sus palabras se anunciaba
el valeroso miedo de ser débil,
la rabia por no soltar la brida del caballo.
Era, como en los Viernes Santos,
la hora en que llegó la quinta herida,
en aquel cuarto oscuro de Los Ángeles
donde Ignacio quería decirme, dijo, me decía
que a la tribu por ti capitaneada
la diezmaban de tajo,
que te ibas de plano, y nosotros contigo.
Y mientras yo pensaba que la vida
era para mi sed un mar pequeño,
te tirabas –sereno– de aquel puente
y dabas comienzo a las preguntas.

II

ATRÁS quedan luz, el mar, las nubes
más brillantes después de la tormenta.
A diez mil metros de altura
regreso a la ciudad monstruosa
donde tú ya no esperas mi retorno.

III

A veces, cuando nada
pareciera librarnos del desastre,
qué ganas de ser maleducado
y de abrir, como tú, la puerta grande.
Pero afuera del baño de cantina
mis amigos me esperan: su alegría,
tras una selva negra de botellas.
Siempre podemos engañarnos:
que tus libros, tu huella, tus alumnos.
Lo cierto es que tus manos ya no cogen,
que tus labios no inventan otra boca
y no orinas, a chorros, lo que bebes.
Por eso llamaré –capricho de borracho–
a la Carmen que ya no conociste
y le diré las cosas que me vuelven
más vivo que este ruido y este antro.
Y mi cuerpo saldrá de la cantina
y el aire de la noche será frío
y habrá todavías, mañanas y más tardes.
¿Qué pensaste –carajo–, qué sentiste,
al volar por segundos, convencido
de que abajo la red no te esperaba?

IV

DON Emigdio, el abuelo, fabricaba
sillas de montar más allá de la noche.
El café, la pobreza, los desvelos
desbocaron la yegua que no tuvo.
Cuando fuiste al hospital a recogerlo
–luego supe que se llamaba manicomio–
te entregaron su ropa aún mojada.
A nosotros, por niños, nos dijeron:
"Su abuelo murió ahogado en una alberca".
Pero una voz más honda nos decía:
"La luna despertaba su otra sangre
y afilaba navajas en su carne.
El agua donde su cuerpo navegaba
en las manos sin cuenco de la muerte,
le ganó la partida a la locura".
¿Qué diremos de ti que no te turbe,
qué diremos de ti para que nada
interrumpa tu sueño?

V

LARGA y lenta canción de la desdicha:
quien apuesta a su incierto pentagrama
traza su propia trampa y la sonrisa
de una doncella coja a quien invitan
a baile de palacio.
No hay canciones felices: lo que duran
es aire para vivir los otros días,
fruto de la amargura cotidiana.
asfixia de la hoguera en la semilla.

VI

EL arrayán sacudido por la abuela,
el único árbol en su patio,
era un hermano más: solitario, tristón,
sostenido en pequeñas alegrías.
Como los terremotos, imprevistos,
cuando el padre y la abuela se enfrentaban
era el tiempo de huir, de refugiarse
a la sombra del árbol,
jugar a la soledad con los mosaicos,
contemplando la hierba que crecía,
igual que mi tristeza, a lo salvaje.
Más tarde, además de juguetes, tuve libros.
En los cursos de invierno repetía *La robe est verte*,
verde como los ojos de la niña
que maduraba tigres en mi sangre.
Refugiado en su luz y su perfume
miraba el cielo oscurecerse y me sentía
como ese arrayán que en casa de la abuela
era el hermano ausente,
desmelenado y solo, orgulloso y viril,
al fondo de la casa.

VII

ENTONCES también era diciembre
y lima y tejocotes era el aire.
En uno de los equipales tapatíos
que saben ser eternos, nos dijiste:
"Sentarse aquí para esperar la muerte".
Lo recuerdo con rabia y te imagino
sacando a la Catrina de la greña
cuando no te tocaba,
a las tres de la tarde de tu trece de marzo.

VIII

ESCRIBO de este lado del espejo:
no ignoro que respiro, que mi cuerpo
es un buen animal que me soporta
por la ciudad en ruinas, tu dominio.
Y no olvido que hablo de la muerte
como niño que burla a un toro ciego.
Al hallar las palabras que te buscan
la verdad es que hablo de lo mío,
de lo que soy por ti, de lo que tengo
para encender la hoguera
cuando pienso que estás doliendo menos,
para que no te olviden la prudencia,
el sentido común, el tiempo curandero.
¿Creerás que mis palabras
quisieran ser el diálogo,
un desquite a destiempo
por todos esos puentes
que dejamos tendidos en el aire?

IX

TAMBIÉN los grandes *icebergs* se desploman.
También esas montañas como dioses
se rinden a las armas
del tiempo y sus legiones.
Igual que a nuestros dioses, otros dioses
los arrastran, los llevan, los humillan
para hacerlos monarcas en exilio.
Te disuelves, como un *iceberg*, en el tiempo,
pero nada convence a la memoria
de que el dolor presente es el comienzo
de los siete dolores
que debajo del mar me están guardados.

X

PERO valió la pena lo bailado:
la caricia del mar,
su azogue estremecido;
falsa estrella que, trémula en la mano,
te pagó por caricias de sirenas
que en tus huesos tatuaron su perfume.
Aunque armas y letras te prolonguen
poco a poco te irás, como se borra
el olor del amor bajo las aguas.
Nadie se queda en el recuerdo.
La mejor de las formas de guardarte
es respirar a puños este aire
encendido de luces y muchachas,
vacaciones, jardines, desencuentros
que nos dejan con sed en el preludio.

XI

TÚ le abriste la puerta. Estoy seguro
de que no te doblaste al enfrentarla,
y en tu vuelo sin alas regresaron
las palabras ardientes del vencido,
con la ciudad a punto de perderse,
al encuentro de un sol de bayonetas.

Pero hay algunas tardes, como ésta,
en que el traje de luces no la viste
y la muerte es pequeña y pobre y pinche,
como un pulpo vulgar, incontinente,
que nos riega de tinta la camisa
y nos quita la entrada de la fiesta.

XII

TE conceda la gracia de las nubes
y aún inmóvil mires lo mutable,
y vuelvas en verano, con la lluvia
a inventar la ciudad inagotable.
No el océano que amaste sino el cielo,
más alto que los hombres y los barcos,
te nombrará farero de las nubes,
profesor de sirenas descarriadas.
Contemplarás los blancos paquebotes
esculpidos en luz o ala de ángel,
navegar por canales luminosos
con el sol en sus cuerpos imposibles.
Todo será futuro, sueño ardiente,
y estarás en un cielo más tangible,
el burlador triunfante de tus ansias
cuando diste batalla entre nosotros.

SEÑOR mi Padre,
ahora Martín tan niño y tan mi viejo:
a la salida de la mezquita azul,
un niño me ofreció una colección de fotografías
donde Estambul brillaba
como peces de jade.
Eran joyas humildes y lujosas
como la voz que desde los minaretes
galvaniza los cielos con la tierra.
Me regaló en su compra
un viejo acordeón de postales,
como las que tú comprabas en tus viajes
y siempre terminabas por no enviar.
Nosotros jugábamos con ellas
a conocer por el mundo.
Me llevo en los sentidos
esta ciudad de olores familiares:
su mercado de especias,
tus tiempos niños en San Juan de Dios,
las voces de árabes y judíos de la Lagunilla.
Pero me gusta llevarme el aire tenso,
la música del viento en las mezquitas,
la vida que ya no quisiste, con la que no pudiste.
Nunca compraste una cámara fotográfica,
pero de haberlo hecho, los productos
no hubieran transmitido

el fervor y temblor de sus palabras.
Yo compré mi primera cámara
el 13 de marzo de 1980,
la misma mañana en que firmaste *Martín Quirarte*
en la lista de asistencia
de la Facultad de Filosofía y Letras
donde diste tu clase. A la salida
te tiraste de un puente. Para otros,
era aún el café rutinario y sorprendente
o tocar a su amante,
trémula de fiebre y de carencias.
Firmaste con tu nombre
pero no con tu tinta, porque hacía mucho
habías dejado de ser tú
para ser tu fantasma.
Firmaste como si todo
fuera a seguir, como si todavía.
(*Conjunto de lesiones*, dijo la autopsia.)
Esta historia puede contarse de varias maneras.
Pero la cámara que compré ese día
me obligó a mirar el mundo de otra forma.
Por eso, cada vez que aprieto el obturador
mi corazón me dice *Viva México*,
y cada vez que la bandera mexicana
es tomada del talle por un señor de bigote
llamado Himno Nacional,
siento un placer físico sólo semejante
a la noche en que se develó Carrara
en la piel de su hija predilecta.

Esa fue para tus alumnos
"*La dernière classe*", como el cuento
que nunca podías terminar de leer sin que te traicionara
la puntual emoción en tu garganta,
como soga en la fiesta del ahorcado.
Tus estudiantes no supieron
que esa clase era una representación
del cuento de Daudet
y de tu vida entera.
Seguro tú tampoco lo sabías,
porque la muerte borra todo heroísmo
cuando llega el instante de enfrentarla.
Te escribo todo esto,
después de no frecuentarte en mucho tiempo,
seguramente porque,
a pesar de los kilómetros que separan
a esta ciudad dorada de mi patria,
el 13 de marzo firmé en la misma lista de presente
y me sentí, ardiente y amargo, entre los vivos.
Y como he tomado
imágenes que me han hecho uno con el mundo,
sólo hoy reúno valor para registrar,
en mi cámara oscura,
el último cuadro que mamá tuvo de ti,
cuando te vio alejarte rumbo al patíbulo;
con una mano en el bolsillo de tu saco
herido por todas las arrugas,
con el corazón que ninguna plancha
era ya capaz de iluminar.

SARABANDA CON PERROS AMARILLOS

A las alas de mi hermano
Ignacio (1951-1998)

Le malade se rend parfaitment compte du péril qui le menace au dedans de lui même; il se sent devenir d'heure en heure plus dangereux pour son prochain; et cependant l'orgueil et la crainte d'avouer son mal lui imposent un criminel mutisme. Son unique préoccupation sera désormais de fuir l'infernal Sosie installé dans son âme ténébreuse.

O.V. de L. MILOSZ,
L'amoureuse initiation

Quiero un cielo bien celeste aunque me
cueste.
De verdad, no cielo de postal.

MARÍA ELENA WALSH,
"La marcha de Osías"

Despite Prozac and her daughters, there's no cure for sadness.

SUSANNA KAYSEN,
"One cheer for Melancholy".

I

EL mar que nos vendieron en la infancia
era un monstruo sin sueño.
Hondo y alegre. Traidor y colorido.
Salimos a su encuentro, aún con las estrellas
profundamente ancladas en la altura.
Al romper la mañana, el mar, pronunciamiento,
se anunciaba en tres perros amarillos.

El primero sostuvo la mirada
y en su papel pautado me inscribió:
"Me quedo en tus pupilas,
sin convite a tu fiesta de fantasmas".
El segundo cojeaba,
y con su pata buena me decía:
"No es nada. Es dolor".
El tercero tensó todos los músculos
y escribió su poema con las olas.

El paisaje era líneas, colores y ladridos.
Marina con tres perros, la familia
de un Robinson Crusoe de media hora.
Amarillos, monedas de oro falso,
ardían, refulgentes, más que el sol,
actores del I Ching donde leía
el mapa de mi sangre.